

MOVILIDAD COTIDIANA Y ROLES DE GÉNERO EN UNA CIUDAD DEL CARIBE COLOMBIANO. UNA APROXIMACIÓN DESDE LOS HABITANTES DEL BARRIO LA PRADERA

*Dailymobility and gender roles in a ColombianCaribbeancity. An approximation from the population of the La Pradera neighborhood*

**Mariem Madera Machado**

[geografa0891@gmail.com](mailto:geografa0891@gmail.com)

*Secretaría de Educación del Municipio de Montería - Colombia*

*Recibido: 20-01-2019*

*Aceptado: 28-04-2019*

### **Resumen**

El análisis de la relación entre la movilidad cotidiana y los roles de género en la ciudad de Montería permite una aproximación a la forma como los individuos viven, experimentan su ciudad y al mismo tiempo cuestionar las posturas tradicionales desde la cual es analizada la movilidad cotidiana. Si bien, en la mayoría de los casos estudiados son los roles asociados a la vida pública los que estructuran los recorridos cotidianos, la realización de los quehaceres del trabajo de cuidado son los encargados de limitar y organizar las rutinas cotidianas especialmente en quienes cumplen el rol de madres.

**Palabras clave:** Movilidad cotidiana, roles de género, espacio, territorialidad, rutinas, ciudad, Colombia.

### **Abstract**

The analysis of the relationship between daily mobility and gender roles in the city of Montería allows an approach to the way peoples live, experience their city and at the same time question the traditional positions from which daily mobility is analyzed. Although, in most of the cases studied, it is the roles associated with public life that structure the daily journeys, the performance of the tasks of care work are responsible for limiting and organizing daily routines especially in those who fulfill the role of mothers.

**Keywords:** Daily mobility, gender roles, space, territoriality, routines, city, Colombia.

## 1. Introducción

Una práctica recurrente en la mayoría de los grupos sociales es la construcción de ideales entorno a lo considerado femenino o masculino y en consecuencia la clasificación –o mejor dicho estratificación– de los sujetos en función de estas dos construcciones socioculturales; así la sociedad otorga características, funciones, actividades y formas de relacionarse que se suponen son más adecuadas para cada uno. A ese conjunto de actividades, funciones y características asignadas a cada género se le conoce como roles de género.

Ahora bien, si todo lo socialmente construido está obligatoriamente distribuido en el tiempo y en el espacio, es oportuno pensar que, al entregarse una actividad, no solo se asigna una tarea o acción a realizar, sino que también se designa el lugar y el horario destinado para su realización, de aquí que su cumplimiento no se realice *in situ*, sino que implica una acción de desplazarse por el territorio. Siguiendo lo expuesto por Avellaneda (2008) si antes la vida cotidiana se organizaba dentro de un espacio polifuncional próximo al lugar de residencia hoy se ha pasado a un modelo de vida donde las diferentes actividades se hallan dispersas a lo largo de una extensa trama urbana. Si bien es cierto que algunas actividades cotidianas pueden desarrollarse fundamentalmente en el espacio de proximidad, la mayor parte de éstas deben realizarse fuera de este espacio.

Razón por la que, la movilidad se convierte en un tema obligado para el abordaje de la cotidianidad; en palabras de Jirón (2007) lo cotidiano se refiere a lo que las personas viven de manera diaria: está conectado a lugares donde mujeres y hombres viven, trabajan, consumen, se relajan, se relacionan con otros, construyen identidades, se enfrentan o desafían la rutina, el hábito y las normas establecidas de conducta.

El cuestionamiento por la relación entre la movilidad cotidiana y los roles de género surge inicialmente con el objetivo de rescatar el carácter diferenciado en las prácticas cotidianas de movilizarse por la ciudad. Pues en la mayoría de los análisis urbanos realizados desde la geografía, el sujeto se presenta como un sujeto generalizado, estático, masculino y adulto. Preguntarse por la movilidad cotidiana implica centrarse en las experiencias de las personas que a diario recorren la ciudad; involucra el reconocimiento de un tejido de recorridos que ocurren en 24 horas, sin importar su intención, duración, lugar de destino o distancia recorrida.

Un aspecto de gran relevancia en la movilidad es su carácter pendular dado que en la mayoría de los casos los recorridos cotidianos parten del lugar de residencia principal hacia todos aquellos lugares que hacen parte del espacio de la vida –llámense lugar de trabajo, universidad, escuela, centro comercial, parque, entre otros– y terminan nuevamente en el lugar de residencia; este protagonismo de la vivienda se observa en lo propuesto por Bollnow (1969) para quien el ser humano perdería todo apoyo si no tuviera un punto de referencia fijo al que se encuentran vinculados todos sus caminos, del que parten y al que retornan.

La repetición de estos recorridos termina por hacer de ellos una rutina y por qué no una forma de territorialidad. Como lo expone Ares (2010) la movilidad cotidiana es el conjunto de desplazamientos en el espacio físico, de individuos o grupos, sea cual sea la distancia recorrida y la duración. En este punto es importante destacar que ese sujeto que recorre la ciudad es un sujeto generizado que ha construido una forma de relacionarse con su cuerpo, con los otros y que cumple unos roles entregados en función de su género.

De acuerdo con Colás (2003) en la investigación, con frecuencia, se asume la existencia de una sociedad única, en el sentido de hacerse generalizaciones sobre todos los participantes, aunque, en realidad, los hombres y mujeres habitan mundos sociales diferentes, sin que se tenga en cuenta esta diferencia. De aquí la inquietud por realizar un estudio que permita ir más allá de mostrar el carácter diferenciado de la movilidad, es decir, que vaya más allá de visibilizar las diferencias entre las prácticas de movilidad femeninas y masculinas y se aventure a comprender ¿Cómo se configuran las prácticas de movilidad cotidiana a partir de los roles de género de los habitantes del barrio La Pradera en la ciudad de Montería?

## **2. Aproximaciones conceptuales a la movilidad de un sujeto generizado**

Si hay una palabra que resume la situación del pensamiento geográfico en las últimas tres décadas, es “cambio”, o al decir de Lindón (2010) “giros”. Nos enfrentamos a una geografía que cambia, se transforma y cuestiona categorías que han sido claves en el desarrollo del pensamiento y la investigación en geografía. Ahora bien, estos cambios no obedecen a una evolución interna de la disciplina, sino que responden, por un lado, a un diálogo con las demás ciencias sociales y, por otro, a la incapacidad de abordar ciertos fenómenos sociales actuales desde posturas tradicionales.

Una de las categorías que mayor reflexión ha concentrado es la de espacio y con ella se ha renovado el debate sobre la espacialidad. Pero no desde la concepción del espacio como producto social, sino desde el espacio vivido, experimentado y más recientemente, construido socialmente. Lo que refleja un creciente interés por el sujeto/actor capaz de transformar su realidad.

Ese olvido del sujeto ha generado al decir de Santos (2009) un desperdicio de la experiencia social; situación que no ha sido ajena a los estudios de la movilidad, la forma tradicional como esta ha sido abordada, se centra fundamentalmente en sus características espacio-temporales. Ejemplo de esto es la clasificación que muestra Módenes (2008) quien propone cuatro tipos de movilidad: movilidad cotidiana (alta frecuencia, desplazamiento dentro del espacio cotidiano), movilidad residencial (baja frecuencia, desplazamiento dentro del espacio cotidiano), viaje (frecuencia alta, larga distancia) y migración (baja frecuencia, larga distancia).

Sin embargo, es posible identificar formas de movilidad que difícilmente se pueden clasificar en uno de los cuatro tipos enunciados. Al respecto, Kaufmann (2006), citado por Módenes (2008:

160), comenta tres ejemplos: la multirresidencia (cuando la residencia secundaria se convierte en parte de una residencia multilocal), la pendularidad de muy larga distancia (con desplazamientos muy largos, por ejemplo, en avión) o el turismo recurrente de corta distancia.

En consecuencia, se entiende para efectos de este artículo la movilidad cotidiana como el conjunto de desplazamientos ocurridos en un periodo máximo de 24 horas, que parten del lugar de residencia a todos aquellos lugares que hacen parte de la vida cotidiana de un individuo y que finalizan precisamente en el mismo punto donde se iniciaron, en la vivienda. Es decir, alude a desplazamientos o recorridos pendulares y secuenciales; pendulares porque inician y terminan en el mismo lugar; secuenciales porque los lugares se comportan como eslabones de una cadena sin importar el tiempo de permanencia en los mismos, al final del día los recorridos cotidianos son una secuencia de lugares de permanencia y lugares de paso.

En este punto, es relevante considerar qué aspectos estructuran las prácticas de movilidad cotidiana, es aquí donde los roles de género se convierten en una variable que aporta profundidad al análisis. Pues como lo expresa Hanson (1992) las mujeres fueron invisibles para la geografía por mucho tiempo, pero esta invisibilidad fue un proceso de ida y vuelta; mientras la geografía ignoraba el género como variable social, el feminismo olvidaba el componente territorial y espacial en la mayoría de sus análisis.

De acuerdo con De Barbieri (1998) la construcción del género como categoría analítica llevó más de diez años hasta definirlo como las prácticas sociales, las normatividades, los imaginarios que las sociedades humanas construyen, reproducen y transforman colectivamente para dar sentido a la acción social a partir de las diferencias sexuales. Por ello es visto como una forma de organizar las relaciones sociales, pues incluye lo que se considera normal, esperado y deseado para los sujetos.

Por consiguiente, la construcción y asimilación de los roles de género es un ejercicio de relaciones de poder, un territorio en tensión, entre lo que el sujeto desea y lo que socialmente se espera de él. A ello hace referencia Foucault (2002) cuando expone:

“El cuerpo está directamente inmerso en un campo político; las relaciones de poder operan sobre él una presa inmediata; lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos. [...]. Pero este sometimiento no se obtiene solo por instrumentos de violencia o ideología; puede ser sutil, sin hacer uso ni de las armas ni del terror” (Foucault, 2002: 26).

Uno de los aspectos cotidianos en los que se materializa lo expuesto anteriormente es en la organización de rutinas para todos los aspectos de la vida, sin importar la edad cada quien tiene unas actividades que realizar y unos tiempos establecidos para ellas, si se reconoce que la espacialidad y la temporalidad no son dos dimensiones excluyentes sino que coexisten en una misma realidad, es preciso pensar que nuestras relaciones con el espacio, que hace parte de nuestra vida también están reguladas no solo porque existen unas normas de comportamientos en los lugares sino porque

nuestra subjetividad está sujeta a toda una serie de consignas que tenemos interiorizadas y definen que podemos hacer y que no, cómo nos debemos vestir, cómo ubicar nuestro cuerpo (postura corporal), los tiempos de permanencias permitidos.

Y esas consignas o normas no son iguales para todos, sino que están mediadas por lo considerado femenino y masculino; de este modo se otorgan quehaceres, funciones, actividades, formas de relacionarse con los otros que se consideran más acertados para cada uno. De acuerdo con Páramo y Burbano (2011) a la mujer independientemente de su rol social, se le segrega de los espacios públicos al no permitírsele circular libremente, en la medida en que se invade su privacidad mediante contactos físicos no consentidos o se le violenta de forma verbal cuando no física. Molestando las mujeres en lugares públicos se evidencia que aún son definidas y percibidas en términos de su sexualidad y no gozan del derecho a la privacidad.

## **2.1. Lo femenino**

La construcción de lo considerado femenino ha estado marcada por la predominancia de la diferencia sexual y por estereotipos de tintes religiosos, especialmente el culto a la virgen madre. En el caso colombiano la unión del estado y la iglesia impulsada por el conservadorismo a finales del siglo XIX desembocó en la primacía de una educación católica y de modelos pedagógicos donde la mujer es descrita desde un lenguaje binario –mujer coqueta/mujer virtuosa- donde se muestra claramente el papel de la mujer como buena compañera, que debe educarse para cumplir cabalmente con su papel de reina o ángel del hogar.

Al respecto Ramírez (2011) afirma que el Marianismo tiene una importancia fundamental para explicar y comprender la construcción de la identidad de género de buena parte de las mujeres en América Latina. El ícono mariano permite comprender la reproducción de ciertos valores ligados a lo femenino, y que se constituyen en estereotipos de nuestra identidad genérica: espiritualidad, pureza, abnegación, sacrificio, virginidad, maternidad, entre otras.

La identificación de la sexualidad femenina con la reproducción se traduce en la negación del placer sexual para el cuerpo femenino. De este modo, se configura una imagen dividida de lo femenino en cuya base se observa un control de la sexualidad; las rupturas discursivas en torno al sujeto maternalista van a ser planteadas por el movimiento feminista de los años 60's en el que se cuestiona la política sexual que rige los cuerpos, reivindicando la libre sexualidad y el derecho al control reproductivo bajo el lema “mi cuerpo es mío”.

## **2.2. Lo masculino**

La construcción de los roles de género es un proceso inconcluso, influenciado por los ciclos vitales y el contexto sociocultural en el que se está inmerso. Así, cuando se hace alusión a lo masculino no se está hablando de algo inmutable e invariable, como lo afirma Gutmann (2000) un

mismo hombre puede experimentar, y sin duda alguna experimenta, muy diversos y contradictorios sentimientos sobre el hecho de ser varón.

Idea que es reafirmada por Viveros (2004) para quien las masculinidades son hombres muy disímiles con retos comunes, luchando por encajar en las definiciones de “buen hombre” y “hombre de verdad” que la sociedad ha acuñado. La escuela y la relación con el grupo de pares van a desempeñar un papel de gran importancia pues en el periodo de formación los jóvenes aprenden, refuerzan, modifican o cuestionan las normas de género; en la adolescencia el cuerpo empieza a ser objeto de modelamientos conformes al orden de género imperante en su sociedad.

En la medida en que la masculinidad se define por oposición a la feminidad, es inevitable que tanto la homofobia como la misoginia desempeñen un papel muy importante en el sentimiento de la identidad masculina, a ello se refiere Shepard (2001) cuando plantea que:

“Los pares masculinos se sirven del ridículo y la violencia para llevar a la práctica las normas sociales y sexuales de masculinidad. Los grupos de pares masculinos se sirven de los insultos y el ridículo para sancionar a los culpables de cruzar la línea, al igualarlos en forma indistinta con mujeres o con hombres gay. Tanto las mujeres como los gay son blanco de la violencia de los hombres que por una razón u otra necesitan probar su hombría” (Shepard, 2001: 13).

Si hay un aspecto fundamental en la práctica de la masculinidad es el ámbito de la paternidad porque sanciona la adquisición del estatus adulto y prueba su capacidad de engendrar hijos. La masculinidad adulta se configura en torno al duplo responsabilidad-paternidad bajo la figura del proveedor.

Con la constitución de las figuras de la madrepasa planteada por Lagarde (2003) y del proveedor como ideales de género, no solo se reafirma la división social del trabajo sino también la división espacial del mismo, al entregar a las mujeres la ética del cuidado se reserva para ellas el dominio de lo privado en otras palabras, el dominio de la casa. Por su parte, con la asignación de la figura del proveedor a los hombres se asume el dominio de lo público como una expresión de la masculinidad; es así como se alimenta el dualismo tradicional femenino/masculino, espacio privado/espacio público.

Sin embargo, es incuestionable el hecho que las mujeres y los hombres contemporáneos asisten a renovados cambios en los roles de género tradicionales, el empoderamiento laboral que han protagonizado las mujeres en las últimas décadas ha cuestionado no solo el papel de la mujer en el espacio público sino también el rol de los hombres como único proveedor del hogar. Paradójicamente ese empoderamiento laboral no ha significado que ellas dejen de ser consideradas como las únicas responsables de las actividades domésticas.

En el tiempo que unas mujeres tienen solo la jornada doméstica, otras tienen las dos no solo en contenido sino en tiempo. De esta manera, se reduce el tiempo de la reproducción, de la reposición cotidiana de la mujer misma, para cumplir le quita horas de tiempo al descanso, a otras

actividades. Lo que no puede es disminuir el volumen de trabajo, en ocasiones lo hace en menos tiempo, generando un sobre trabajo, un doble desgaste de su fuerza de trabajo y de su fuerza vital.

Como lo muestran Sabaté, Rodríguez y Díaz (1995), Páramo y Burbano (2011) el ciclo de trabajo de las mujeres es continuo debido a que las obligaciones domésticas, que normalmente asumen, las mantienen ocupadas incluso en épocas de descanso para otros miembros de la familia. Sin embargo, el tiempo de los hombres es discontinuo, constituido por una secuencia en la que se alternan periodos de trabajo y periodos de descanso. Cuando los hombres no están en el trabajo, están fuera haciendo cosas diferentes, mientras si se trata de las mujeres, cuando no están en el trabajo están realizando actividades relacionadas con el hogar, ya sea en su casa o en los lugares públicos: haciendo el mercado, llevando a los niños al colegio y demás actividades afines.

De aquí que el rol de género que desempeñan los sujetos influya considerablemente no solo en las rutinas cotidianas sino en los recorridos que se hacen por la ciudad, la intencionalidad de estos, su duración, el uso que le dan al espacio y la forma como este es percibido. Por consiguiente, la experiencia del espacio cotidiano no es indiferente al género.

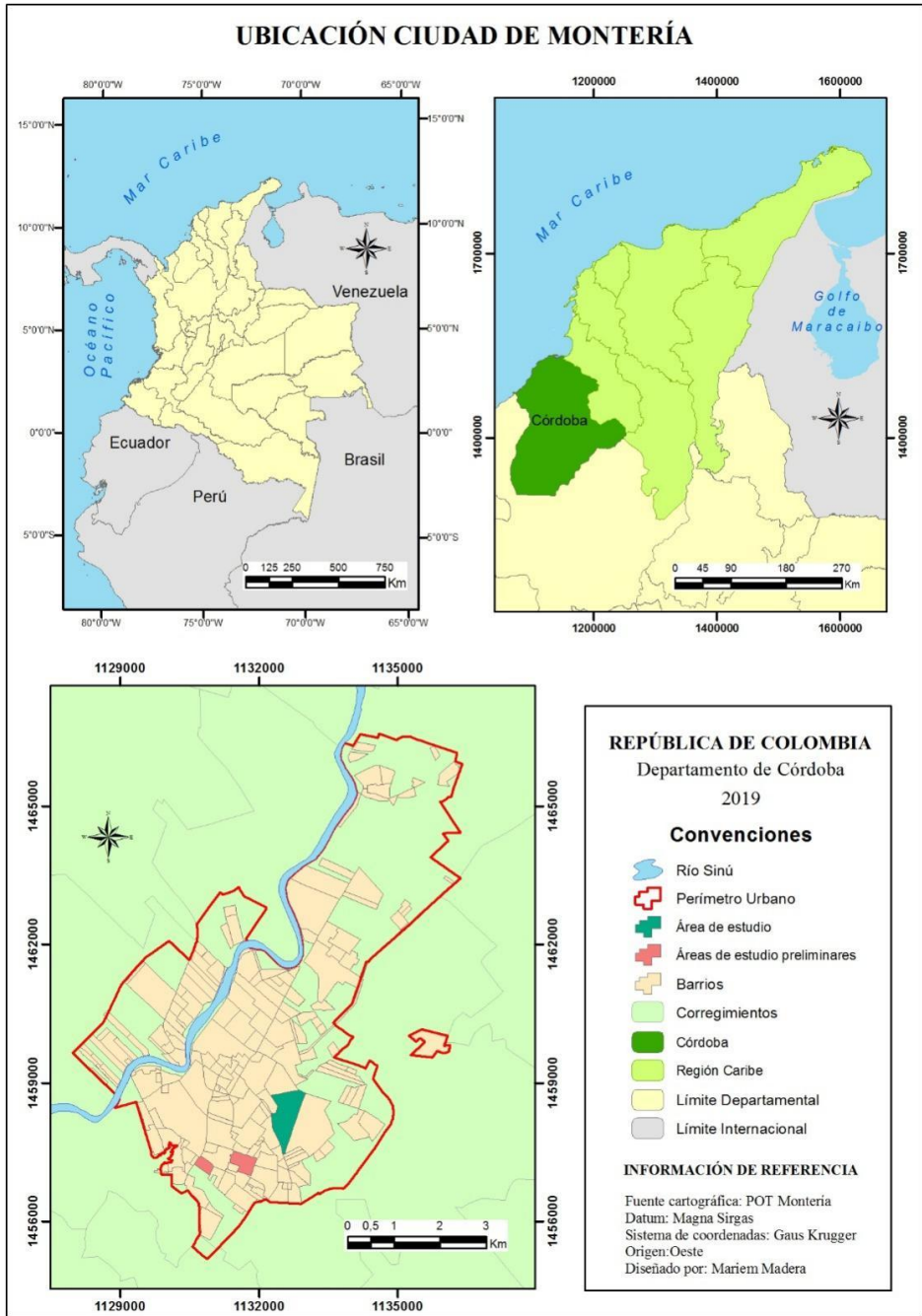
### **3. Consideraciones metodológicas**

El ejercicio investigativo que aquí se propone se ubica dentro del pensamiento postabismal propuesto por Santos (2009) para combatir el desperdicio de la experiencia social, desde esta postura de investigación es fundamental reconocer al otro con el objetivo de crear escenarios de diálogo entre diferentes formas de conocimiento –una epistemología del sujeto conocido al decir de Vasilachis (2006)-, en esa medida reconocer que el otro posee un conocimiento que es igual de válido, y que la investigación nace de una sensación de desconocimiento o ignorancia.

La investigación aquí propuesta es un ejercicio etnográfico, en el que más que permanecer un prolongado periodo de tiempo con los sujetos de investigación, el interés está en realizar un acompañamiento a sus prácticas de movilidad; para ello se plantea la utilización de la entrevista y la observación participante como técnicas para recabar la información en el trabajo de campo. La entrevista es individual semiestructurada, la cual se organiza a partir de tres categorías; roles de género, rutinas cotidianas y patrones de movilidad cotidiana.

La observación por su parte, busca contrastar lo decible con lo visible, es decir, “lo que se dice que se hace” con “lo que se hace”, razón por la que comprende el acompañamiento a la rutina cotidiana de un día previamente acordado con los sujetos, la observación se focaliza en los siguientes aspectos: actividades, lugares en los que realizan esas actividades, duración, medio de transporte utilizado, ruta realizada, referentes espaciales del recorrido y comentarios realizados por los sujetos. Este ejercicio se organiza en un diario de campo.

Figura 1. Ubicación geográfica de la ciudad de Montería



Fuente cartografía temática: Elaboración de la autora<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Basada en: Cartografía base - Plan de Ordenamiento Territorial del Municipio de Montería (2015).



La decisión de trabajar en la ciudad de Montería (ver figura 1), se basa por un lado en el conocimiento que tiene la investigadora de la ciudad, lo que permite descifrar una serie de características y lógicas espaciales relacionadas con formas diferenciadas de recorrer, habitar y significar la ciudad en las cuales el género cumple un papel relevante, ejemplo de esto son las espacialidades de género presentes en el centro de la ciudad y que reflejan no solo una división del trabajo por género sino también una división espacial de la ciudad por género (Madera, 2014); por otro lado, es el interés de brindar otras lecturas de ciudad y la importancia de hacerlo en ciudades intermedias debido a que Colombia es un país de ciudades intermedias, sin embargo, los estudios urbanos de este tipo son concentrados en las grandes ciudades.

En términos generales el desarrollo de la investigación comprende cuatro fases; la primera es la selección del área de interés, la cual se realiza en dos momentos, en un momento inicial se analizan datos estadísticos relacionados con el transporte público teniendo en cuenta el número de rutas, número de viajes realizados en un día de operación y el promedio mensual de pasajeros, con base en esta información se definen tres posibles zonas de estudio, conformadas por los barrios La Pradera, Panzenú y Mogambo.

El segundo momento comprende la visita a estos barrios, en ellas se recolectan los datos para el diseño de la cartografía de usos de suelo y se identifican puntos de socialización que permitan un acercamiento a los habitantes del barrio; como resultado de este proceso se escoge el barrio “La Pradera” por presentar unas características y unos contrastes relacionados con particularidades de la población y del uso del suelo que no son identificables en los otros dos barrios.

Las visitas a este barrio posibilitan una caracterización de la población y el desarrollo de unas redes sociales que permiten la identificación de núcleos familiares que pueden hacer parte de la investigación, su escogencia se realiza a partir de los siguientes criterios:

- Residencia en el barrio “La Pradera” mayor a dos años.
- Tipo de estructura familiar.
- Nivel educativo.
- Medio de transporte utilizado.

De esta forma se elige un grupo de siete núcleos familiares con características heterogéneas; en total el grupo está formado por 16 personas con edades que oscilan entre los 7 y 60 años. La decisión de trabajar con unidades familiares se debe a que permiten por un lado la construcción de las jerarquías, las relaciones y los roles de género al interior de estas; por el otro da la opción de mostrar las diferencias que presentan las experiencias espaciales de los géneros en función de la edad, el nivel educativo, los roles que se desempeñan dentro y fuera de la vivienda.

Es importante aclarar que por ser una investigación donde se requería varias visitas a las viviendas de los sujetos, además de un acompañamiento a un día completo de actividad para cada

miembro de la familia, no se realizó un muestreo estadístico para la escogencia de los sujetos de investigación.

La segunda fase corresponde a la caracterización de los roles de género que desempeñan los/as sujetos/as dentro y fuera de la vivienda familiar, este acercamiento se realiza por medio de una entrevista individual semiestructurada.

La tercera fase, se centra en la construcción de los recorridos cotidianos de los sujetos a partir del relato, para ello, se propuso hacerlo en dos momentos, en el primero se toma un día de lunes a viernes y se les pide que hagan una reconstrucción de la rutina realizada por medio de una narración de las actividades, lugares frecuentados, medio de transporte utilizado, ruta, duración del recorrido; para esto se utiliza una entrevista individual semiestructurada. Un segundo momento implica el acompañamiento a un día de actividad previamente seleccionado por ellos/as.

La cuarta fase, es el análisis e interpretación de la información recabada en el trabajo de campo mediante la construcción de una matriz de análisis.

#### **4. Caracterización espacial de Montería**

Montería es una ciudad ubicada al norte del país, pertenece a la región caribe colombiana; cuenta con una población de 453.900 habitantes aproximadamente, su economía se basa principalmente en actividades agropecuarias y un amplio sector comercial y de servicios. En los últimos treinta años, se ha caracterizado por presentar un progresivo crecimiento urbano influenciado, por una parte, por la densificación de la zona norte de la ciudad, lo que corresponde a los barrios de mayor estrato socioeconómico; donde se han desarrollado un gran número de proyectos de vivienda en propiedad horizontal contrastando con la idea tradicional de las grandes casas en estos sectores de la ciudad. Por otro lado, consolidación de una zona de comercio y servicios en torno a la vía que comunica Montería con el municipio de Cereté y el establecimiento de la zona industrial, de bodegas en los alrededores de la vía que conecta Montería con el municipio de Planeta Rica.

Sumado a lo anterior, la construcción de proyectos de vivienda de interés prioritario ha dinamizado la construcción hacia el sur de la ciudad. La construcción del barrio “La Pradera” hace parte de los primeros planes de vivienda para sectores medios y bajos que se realizaron en la ciudad, adelantado por el Instituto Nacional de Vivienda de interés social y Reforma Urbana (INURBE). Fue construido por etapas, la primera entregada en el año 1973, la construcción de las 16 etapas que lo conforman fue finalizada en 1989.

Este barrio cuenta con una característica de gran importancia para el desarrollo de esta investigación, una diversidad en los usos del suelo lo que le da un dinamismo económico y de prácticas sociales que se extienden hasta altas horas de la noche, es muy común que se mezcle los

usos residencial y comercial por lo que se encuentra que el espacio doméstico puede ser compartido con una amplia gama de establecimientos comerciales y de servicios.

#### 4.1. Prácticas de movilidad cotidiana en la ciudad de Montería. Una experiencia a partir de los habitantes del barrio La Pradera

Con el fin de mostrar los matices que presentan las prácticas de movilidad cotidiana en función de la edad, el nivel educativo, los roles de género que ejercen en la vida pública y en la vida privada se organizan seis grupos de mujeres y hombres con base en los cuales se estructura el análisis, como se muestra en la tabla 1.

**Tabla 1. Sujetos/as de investigación**

Sujetos	Grupo	Nombres	Rol en el hogar	Nivel educativo	Edad (Años)
Femeninos	1	María	Madres	Especialista	40
		Natalie		Universitaria	30
		Mónica		Técnico	42
	2	Isabel			53
		Marta			57
		Agustina		60	
	3	Leidy	Hijas	Universitarias	27
		Marcela			20
	4	Maria A		Secundaria	12
Carolina		16			
Andrea		17			
Masculinos	5	Miguel		Padres	Magister
		Luis	Técnicos		40
		Abraham			60
	6	Darío	Hijos	Universitario	22
		Luis A		Primaria	7

Fuente: Elaboración de la autora.

#### 4.2. Roles de género públicos y privados

El primer acercamiento a los/as sujetos/as implica el reconocimiento de los significados sociales construidos en torno a la feminidad y la masculinidad, en los cuales se observan diferencias de acuerdo con la edad de los/as sujetos/as; para las más jóvenes la feminidad se define a partir de

características como la sensibilidad, la delicadeza, la creatividad; la masculinidad la relacionan en primer lugar con la fuerza, el machismo y el rol de protector.

*La feminidad tiene que ver con lo que son los sentimientos, maneras de pensar, formas de actuar, lo que usualmente uno hace como mujer. Mantener uno su rol femenino dentro de la sociedad, aunque es algo un poco más cuadrulado lo que la sociedad ha enmarcado como ser femenino; la masculinidad también es forma de hablar, de expresarse, actitudes, está relacionada con la fuerza. La verdad yo creo que depende mucho de la crianza (Leidy, 27 años).*

*Si bien hay unas características que son más comunes en unos que en otros, pienso que la feminidad y la masculinidad son formas de relacionarse con los demás. Las niñas somos un poco más delicadas, pero no tontas, también somos fuertes al tomar decisiones, los niños son más decididos y a veces se complican menos que nosotras (Carolina, 16 años).*

*Yo creo que la feminidad y la masculinidad depende mucho de la manera como lo eduquen de pequeño, sin embargo, la masculinidad es asociada a la fuerza física, a tener carácter fuerte, al trabajo y el hombre del Caribe es machista (Darío, 22 años).*

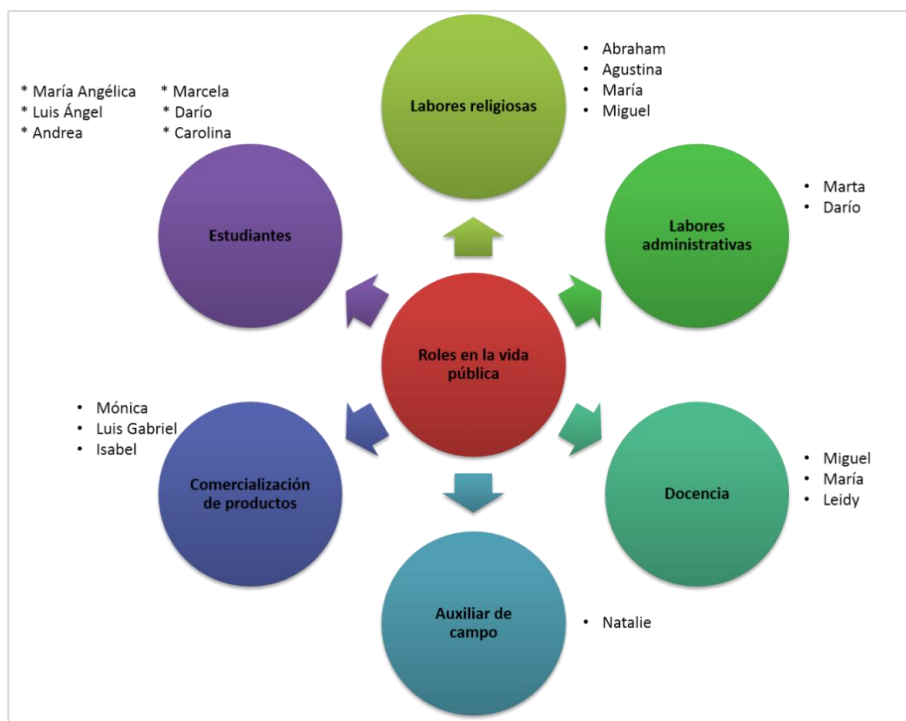
Para los/as sujetos/as pertenecientes a los grupos 1, 2 y 5 que corresponde a los de mayor edad, tanto la feminidad como la masculinidad se equiparan al ejercicio de la maternidad y la paternidad respectivamente.

*Para mí, el ser madre es el punto que a una lo define, el punto que a una lo llena, lo mismo pasa con la masculinidad porque aparte de todo lo que tú puedas recorrer, de lo que puedas degustar, tu vida se llena cuando eres madre o eres padre (Marta, 57 años).*

*La feminidad son ciertos rasgos o cualidades que hacen encantadora a la mujer, la cual despierta en el hombre admiración, la mujer es la dadora y continuadora de la vida por eso debe ser delicada. Bueno la masculinidad es la fortaleza, el vigor físico, una voz potente, unas decisiones firmes y que sea fiel a sus convicciones, en cuanto a su comportamiento, no es más macho el que se comporta agresivo o violento sino el que se hace responsable ante ciertos compromisos y obligaciones que adquiera dentro de la sociedad en la cual convive (Abraham, 60 años).*

Lo anterior permite evidenciar la construcción de los roles de género como una parte importante de la subjetividad, reconocer en la masculinidad y en la feminidad formas de pensar y actuar de los sujetos implica abordar los roles de género como una postura, un lugar de enunciación o al decir de García y Serrano (2004) nociones de sujeto, el sujeto no es previo a estas nociones por el contrario son ellas las que posibilitan que alguien surja como sujeto.

**Figura 2. Roles en la vida pública**



Fuente: Elaboración de la autora.

Uno de los principales pliegues que tienen los roles de género viene dada por las duplas espacio público/espacio privado, vida pública/vida privada base de la tan discutida división social del trabajo encargada de desmembrar la vida y convertirla en dos esferas antagónicas y excluyentes, colocando a unas y otros en una parte determinada parte de esta.

Los roles que los/as sujetos/as de investigación desempeñan en la vida pública son bastante similares, como se observa en la figura 2. Es importante resaltar que no se trata de roles excluyentes, por el contrario, algunos de los/as sujetos/as en su cotidianidad desempeñan más de uno de estos roles, como en el caso de Darío que es subgerente de un restaurante y es estudiante de ingeniería industrial o el de María que además de desempeñarse como docente de biología y química, en sus tiempos libres es líder de un ministerio de mujeres en la iglesia a la cual asiste.

De acuerdo con Collignon (2010) el espacio doméstico a menudo considerado cerrado, delimitado por muros, puertas y ventanas, se devela como un espacio que puede ser considerado poroso, lo doméstico es un lugar de diálogo constante entre el interior y el exterior, entre lo privado y lo público. El ámbito de lo privado es el lugar de las permanencias, el punto de partida y de retorno de lo público, al mismo tiempo es en el microespacio, en el espacio privado, doméstico donde se materializan, se configuran la identidad y las relaciones de género.

Lo privado es también el lugar de la reproducción, para los/as sujetos/as de investigación el ámbito de lo privado es una responsabilidad femenina independientemente de los roles que las mujeres desempeñen en la vida pública, sea la madre quien realice estas actividades o bien sean delegadas en las hijas y en las empleadas domésticas. La tabla 2 relaciona las labores realizadas al interior de la vivienda por cada uno de los sujetos que hacen parte de la investigación.

**Tabla 2. Labores realizadas al interior de la vivienda**

Hogar	Sujetas	Edad	Preparar alimentos	Aseo	Lavar ropa	Lavar platos	Organizar ropa	Planchar	Arreglar los niños
1	Agustina	60 años	X	X	X	X	X	X	X
	Abraham	60 años		X					
	Leidy	27 años	X						
2	María	40 años	X		X		X		
	Miguel	42 años							
	Andrea	17 años		X			X		
	Carolina	16 años				X	X		
3	Mónica	42 años	X	X	X	X	X	X	X
	Luis	40 años				X			
	María A	12 años		X		X			
	Luis A	7 años							
4	Marta	57 años	X	X	X	X	X	X	
	Darío	20 años		X	X				
5	Natalie	30 años							X
6	Isabel	54 años	X		X	X	X	X	
7	Marcela	20 años	X	X	X	X	X		

*Fuente: Elaboración de la autora.*

Al comparar las actividades domésticas realizadas por las mujeres y los varones de esta investigación, es evidente que el trabajo de los varones no corresponde ni a la mitad del realizado por las mujeres, además en su caso la realización de las actividades domésticas depende de la disponibilidad de tiempo, es decir, que su realización no implica un aspecto que tengan en cuenta para organizar su rutina diaria. Como se observa en los siguientes comentarios:

*Yo hago el aseo de la casa y lavo los platos, pero cuando estoy de descanso. Y eso cuando Mónica no está (Luis, 40 años).*

*En vacaciones de vez en cuando paso una escoba o un trapero, pero no mucho (Miguel, 42 años).*

Al respecto Viveros (2004) expone que, para la gran mayoría de los varones, las tareas domésticas corresponden naturalmente a las mujeres y su participación en ellas es entendida como

un apoyo que se brinda a las mujeres en caso de necesidad o porque las circunstancias lo imponen. Para el caso de los/as sujetos/as de investigación es claro que no se trata únicamente de una creencia masculina, al considerar que los hombres las “ayudan” con las labores, las mujeres reconocen que dichas actividades no son responsabilidad, ni obligaciones de ellos, sino que como una muestra de consideración las realizan, situación que se recrea en los siguientes comentarios.

*Ayudo a la esposa en oficios de feminidad como es barrer la casa, trapearla, organizarla, no lo hago todos los días, pero la mayoría de las veces sí (Abraham, 60 años).*

*Hay una distribución no muy equitativa de las labores del hogar pues las mujeres hacemos la mayor parte, el único hombre de esta casa cuando le provoca ayuda con algo (María, 40 años).*

*En mi casa solamente somos dos, mi mamá y yo, digamos que no existe ciertamente una división dada, que mi mamá hace esto y yo esto, no, dado que los dos trabajamos y solamente nos cruzamos en las noches. Entonces mientras ella cocina, yo hago aseo o mientras yo estoy pendiente de la lavadora, ella está en jardinería. Simplemente como se vayan dando (Darío, 22 años).*

Cabe señalar que las relaciones de género son ante todo relaciones de poder y este aspecto va a jugar un papel fundamental en la forma como se distribuyen las actividades al interior de la vivienda. Mientras para los compañeros permanentes de las mujeres la participación en las actividades domésticas es opcional, para los/as hijos/as de estos constituyen una obligación, una responsabilidad que no es discutible, en las narrativas de quienes cumplen el rol de hijos/as no aparecen frases como “yo ayudo a mi mamá a hacer el aseo” entre otras cosas porque su realización por lo general ocurre bajo la figura del mandato o la orden.

Al ser las mujeres las encargadas de la realización de gran parte de las labores domésticas se ven obligadas a organizar sus rutinas cotidianas, de modo que no solo cumplan con los roles que desempeñan en la vida pública sino también con los roles en la vida privada. Enfrentándose así a una doble jornada laboral, una jornada laboral pública y una jornada laboral privada, siendo esta última rara vez reconocida como trabajo.

Un ejemplo de lo anterior se observa claramente en la rutina cotidiana construida por la señora Marta (57 años), quien describe los días de lunes a sábado como muy pesados, su rutina comienza a las 5:30 a.m., se levanta y empieza a hacer los quehaceres, hace el aseo, prepara los alimentos del desayuno y el almuerzo, lava la ropa.

A las 8:00 a.m. sale para el trabajo, trayecto que hace en mototaxi o en taxi, a eso de las 8:20 a.m. está empezando su rutina laboral en una oficina de arquitectos e ingenieros. Regresa a la vivienda a las 12.30 p.m. termina de preparar el almuerzo y a las 2:00 p.m. vuelve a la oficina; la jornada laboral concluye a las 6:30 p.m. cuando llega a la casa empieza a preparar la cena, organiza la cocina, adelanta los alimentos del día siguiente y espera a su hijo que llega del trabajo a la 1:00 o 2:00 a.m.

Si se hace el ejercicio de comparar el tiempo que la señora Marta invierte en su jornada laboral pública con el invertido en la jornada laboral privada, se está hablando de una diferencia de apenas dos horas, lo que muestra la carga que implica en tiempo y trabajo la realización de los roles privados. Sin embargo, hay un aspecto que a menudo es invisibilizado en las rutinas cotidianas de las mujeres y es cómo la forma de organizar esas rutinas constituye un limitante en el goce y disfrute de la ciudad.

### **4.3. Prácticas de movilidad cotidiana**

Una de las premisas con las que inicia esta investigación es la superación del binarismo tradicional espacio público-espacio privado asociado a uno u otro género, afirmar que ni el espacio público es masculino, ni el espacio privado es femenino; si bien tiene algo de certeza, cuando se observa la creciente participación de las mujeres en el mercado laboral remunerado que les ha permitido acceder a lugares y empleos que hace algún tiempo les eran negados o donde la participación femenina era incipiente y casi inexistente.

No obstante, este aumento en la participación femenina abre el debate sobre las condiciones de esa inserción de las mujeres al mercado laboral remunerado, la brecha salarial, el acceso a seguridad social, los horarios de trabajo que reprimen cualquier posibilidad de ocio y lúdica. Es claro que el aumento de la participación laboral femenina no ha ido de la mano de una inserción masculina en la economía del cuidado, lo que constituye un valor agregado de esta investigación es develar las implicaciones espaciales que esta situación refleja.

Si bien, en la mayoría de los casos estudiados son los roles asociados a la vida pública los que estructuran los recorridos cotidianos de lunes a viernes, los motivos están relacionados con asistir al trabajo, la escuela, la universidad y la iglesia en quienes cumplen un rol activo en las labores de funcionamiento de estas. Los recorridos femeninos presentan distancias recorridas bastante largas no por la lejanía de los lugares de destino sino porque todas las mujeres que hicieron parte de la investigación se desplazan en transporte público, lo que hace que sus recorridos deban ajustarse al trazado de las rutas de transporte; aspecto que implica una mayor inversión de tiempo.

Lo anterior, contrasta claramente con los recorridos masculinos en los cuales el diseño de las rutas es realizado por ellos al contar con un medio de transporte propio, disminuyendo considerablemente el tiempo invertido y la distancia recorrida en los viajes cotidianos.

La mayor limitante de la movilidad femenina es la realización de los quehaceres del trabajo de cuidado tanto en el espacio público como en el privado, especialmente en quienes cumplen el rol de madres. Esta tensión entre las labores asociadas a su rol público y su rol privado presentan distintos matices que son importantes considerar.

En primer, lugar la edad de los/as hijos/as agrava esta situación pues requieren mayores cuidados, necesitan ser dejados/as al cuidado de terceras, llámense estas guarderías, casa de un familiar, la vecina, cuando la madre debe ausentarse. El nivel educativo y en consecuencia el nivel



de ingresos económicos juega un papel fundamental porque brinda la posibilidad de suplir la economía del cuidado acudiendo a una mercantilización del mismo, es decir, acudiendo al servicio doméstico; labor que de no contar con el dinero suficiente debe ser cumplida por los hogares, representado principalmente en el grupo de mujeres sean las madres, las hermanas mayores, las abuelas, las tías entre otras, limitando así su tiempo disponible para realizar una gama de actividades por fuera de las viviendas.

En este contexto cobra vigencia lo expuesto por Wills (1999) para quien al considerar la crianza de los/as hijos/as como una actividad que le compete naturalmente desarrollar a las madres, el Estado se abstiene de proveer salacunas y guarderías; por el contrario, si en una sociedad se considera que este tipo de actividades son de responsabilidad colectiva, el Estado se verá forzado a proveer este servicio. Por consiguiente, en una ciudad pensada desde la óptica de género es de gran importancia la construcción de salacunas y guarderías, así como la formación del talento humano necesario para su funcionamiento.

En el caso de las mujeres jóvenes que no cumplen el rol de madres esta tensión se difumina hasta convertirse en prácticamente inexistente, salvo por algunas actividades de la economía del cuidado que son delegadas en ellas por sus madres o asumidas por sí mismas; como el cuidado de sus hermanos o hermanas menores, la preparación de algún alimento, lavar la loza, lavar su propia ropa o los uniformes del colegio pero que no implican un reajuste de su rutina para poder cumplir con ellas.

En lo que respecta a los destinos de fin de semana, los centros comerciales son el destino de ocio y lúdica por excelencia; es necesario puntualizar que la mayoría de los recorridos por ocio y lúdica corresponde con mujeres jóvenes que no cumplen el rol de jefas de hogar, ni el de madres-esposas. En ningún caso se hace alusión a los parques como lugares de esparcimiento, la mayoría de estos recorridos son realizados en compañía de otros y otras; para el caso de las mujeres jóvenes en compañía de su grupo de pares, en el de las mujeres madres en compañía de sus hijos/as.

Este último, es quizás el punto de mayor ruptura entre los recorridos femeninos y masculinos, el hecho de poder movilizarse sin compañía a visitar amigos o familiares y en general a cualquier actividad de ocio, es una clara muestra de la movilidad como una práctica de autonomía, pues al no tener la obligación de una compañía infantil, en el caso específico de quienes tienen hijos, amplía el tipo de lugares que se pueden visitar en la medida que no hay que ajustarse a temporalidades y espacialidades donde la presencia de menores de edad es permitida.

Otro aspecto para considerar es la poca predilección de los varones hacia los centros comerciales, sus recorridos por ocio y lúdica se destinan a lugares públicos como parques, canchas de fútbol, casa de amigos o algunos familiares, la asistencia a bares. Aquí surgen varios cuestionamientos interesantes ¿a quién le pertenece el derecho al ocio y la lúdica en la ciudad? y ¿Cuál es el papel de la administración municipal en hacer del ocio y la lúdica un derecho para todos y todas? Lo que amplía el debate sobre la necesidad de que las ciudades incluyan la perspectiva de género en sus procesos de planeación territorial.

## 5. A manera de conclusión

Hablar de las prácticas de movilidad a partir de los roles de género, implica por un lado darles una centralidad a los sujetos y las sujetas que realizan la acción, es decir reconocer la imagen que cada uno/a tiene de sí mismo/a, sus roles, las actividades que hacen tanto al interior como al exterior de la vivienda y que constituyen el lugar desde el cual se relaciona con los otros/as y con su entorno. Por otro lado, involucra una centralidad de la experiencia de recorrer la ciudad, caminarla de prisa porque se va retrasada para el trabajo, observarla por medio de la ventana del carro mientras se llevan los hijos al colegio.

Para los/as sujetos/as de investigación hay características que definen la femineidad y la masculinidad, para el caso de lo femenino lo asocian a la ternura, la delicadeza, la sensibilidad; por otro lado, destacan la conciencia del ser para otros, reflejada en la dedicación a la que aluden las sujetas de investigación, a las labores del colegio, la casa, la iglesia, la familia siempre en función del cuidado de terceros. Perpetuando así la imagen mariana de la mujer abnegada, servicial, amorosa, difundida no solo por el catolicismo sino por una amplia variedad de vertientes religiosas.

Por su parte, en las narraciones de los varones se perfila la responsabilidad y el trabajo en la vida pública como características decisivas en la configuración de las masculinidades. En cuanto a los roles en la esfera pública, es relevante que no se observan roles exclusivos de un determinado género, ni excluyentes entre sí, debido a que en su cotidianidad los/as sujetos/as desempeñan más de uno de estos roles.

Situación completamente diferente, si se compara con los roles en la esfera privada donde las labores realizadas son consideradas función exclusiva de las mujeres; lo que genera en ellas una sobrecarga de trabajo, que las obliga no solo a reorganizar sus rutinas cotidianas para poder cumplir con todas sus tareas; también limita las actividades realizadas en el tiempo libre, en la posibilidad del goce y disfrute de la ciudad.

En contraste, los varones no tienen la obligación de la segunda y triple jornada pues al ser vistas como obligaciones femeninas, su participación en los quehaceres es catalogada como “ayuda”, “colaboración” y no como responsabilidad u obligación. Es así como los quehaceres masculinos parecen reducirse a despertar a sus hijos/as, llevarlos/as al colegio y hacer algún oficio los fines de semana o cuando disponen del tiempo para hacerlo, en consecuencia, no es necesario reorganizar su rutina para cumplir con sus labores de cuidado.

En lo relacionado con las prácticas de movilidad de las mujeres, el uso de rutas de transporte público hace que aumente no solo la distancia recorrida, sino que aumenta considerablemente el tiempo invertido en estos. Aspecto que constituye una ruptura clara con las prácticas de movilidad masculinas; donde en su mayoría al tener un medio de transporte propio hace que puedan controlar el diseño de sus recorridos.

El principal resultado que aporta esta investigación además de mostrar la influencia que los roles de género tienen en las prácticas de movilidad, es la relación entre los roles de género y las

actividades de ocio. En un primer momento habría que exponer que este derecho parece tener un importante componente de género, siendo los varones quienes presentan una mayor proporción de tiempo libre potencial, además de los prejuicios sociales que se han construido entorno a la permanencia de las mujeres en el espacio público en una cultura machista como la de la Costa Caribe colombiana.

Otra arista a considerar es que no todos/as los/as habitantes de la ciudad cuentan con la disponibilidad de dinero para asistir a consumir a un centro comercial donde se concentra la poca oferta cultural de la ciudad, lo que constituye un lujo para muchos ciudadanos, esto debe ampliar el debate sobre la función lúdica, ambiental y pedagógica de la ciudad; además del imperativo de pensar las ciudades, los procesos de planificación y ordenamiento de las ciudades desde perspectivas más incluyentes que respondan a las necesidades de todo los ciudadanos y ciudadanas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ares, Sofía (2010): “Espacio de vida y movilidad territorial habitual en Chapadmalal”. En: *Cuadernos de geografía*, n°. 19, pp. 27-40. Disponible en: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/rcg/article/view/16840/17712> [07/04/2019].
- Avellaneda, Pau (2008): “Movilidad cotidiana, pobreza y exclusión social en la ciudad de Lima”. En: *Anales de Geografía*, vol. 28, n°. 2, pp. 9-35. Disponible en: <http://revistas.ucm.es/index.php/AGUC/article/view/AGUC0808220009A> [07/04/2019].
- Bollnow, Otto (1969): *Hombre y espacio*. Barcelona: Editorial Labor.
- Colás, Pilar (2003): “Investigación Educativa y Crítica Feminista”. En: *@gora Digital*, n°.6, pp. 1-13. Disponible en: <https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/24621> [07/04/2019].
- Collignon, Béatrice (2010): “De las virtudes de los espacios domésticos para la geografía humana”. En Alicia Lindón y Daniel (dir.): *Los giros de la Geografía humana: Desafíos y horizontes*. México: Anthropos Editorial, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 201-215.
- De Barbieri, Teresa (1998): “Acerca de las propuestas metodológicas feministas”. En: Eli Baltra (comp.): *Debates en torno a una metodología feminista*. México: Casa abierta al tiempo, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 103-139.
- Foucault, Michael (2002): *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Buenos aires, Argentina: Siglo veintiuno editores.
- García, Carlos y Serrano, José (2004): “Género y juventud en los procesos de subjetivación”. En María Laverde, Gisela Daza y Mónica Zuleta (ed.): *Debates sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas*. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores, pp. 195-216.
- Gutmann, Matthew (2000): “Traficando con hombres. La antropología de la masculinidad”. En Ángela Robledo e Yolanda Puyana (comp.): *Ética: masculinidades y feminidades*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia – Centro de Estudios Sociales, pp. 177-227.

- Hanson, Susan (1992): “Geography and feminism: Worlds in collision?”. En: *Annals of the Association of American Geographers*, n°. 82, pp. 569-586. Disponible en: <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1111/j.1467-8306.1992.tb01718.x> [07/04/2019].
- Jirón, Paola (2007): “Implicancias del género en la movilidad cotidiana urbana en Santiago de Chile”. En: *Revista venezolana de estudios de la mujer*, vol. 12, n°. 29, pp. 173-198. Disponible en: <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/117827> [07/04/2019].
- Lagarde, Marcela (2003): *Los cautiverios de las mujeres de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad nacional autónoma de México.
- Lindón, Alicia (2010): “Los giros teóricos: Texto y contexto”. En Alicia Lindón y Daniel Hiernaux (dir.): *Los giros de la Geografía humana: Desafíos y horizontes*. México: Anthropos Editorial, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 23-39.
- Madera, Mariem (2014): “Espacialidades de género: hacia una construcción de género del ámbito laboral en la ciudad de Montería”. En: *Revista la manzana de la discordia*, vol. 9, n°. 1, pp. 89-102. Disponible en: [http://nexus.univalle.edu.co/index.php/la\\_manzana\\_de\\_la\\_discordia/article/view/1616/0](http://nexus.univalle.edu.co/index.php/la_manzana_de_la_discordia/article/view/1616/0) [07/04/2019].
- Módenes, Juan (2008): “Movilidad espacial, habitantes y lugares: retos conceptuales y metodológicos para la geodemografía”. En: *Revista Estudios Geográficos*, vol. 69, n°. 264, pp. 157-178. Disponible en: <http://estudiosgeograficos.revistas.csic.es/index.php/estudiosgeograficos/article/view/83> [07/04/2019].
- Páramo, Pablo y Burbano, Andrea (2011): “Género y espacialidad: análisis de factores que condicionan la equidad en el espacio público urbano”. En: *Universitas Psychologica*, vol. 10, n°. 1, pp. 61- 70. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64719284006> [07/04/2019].
- Ramírez, Patricia (2011): “Madres combatientes o la afirmación de la figura de la buena madre”. En: *Revista Latinoamericana Polis*, n°. 8, pp. 1-15. Disponible en: <https://journals.openedition.org/polis/1232> [07/04/2019].
- Sabaté, Ana; Rodríguez, Juana y Díaz, María (1995): *Mujeres, espacio y sociedad. Hacia una geografía del género*. Madrid, España: Editorial Síntesis.
- Santos, Boaventura (2009): *Una epistemología del sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México D.F.: Siglo veintiuno editores - Clacso.
- Shepard, Bonnie (2001): “Prefacio. Sobre las identidades masculinas”. En: Mara Viveros, José Olavarría y Norma Fuller: *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia – Centro de Estudios Sociales, pp. 7-14.
- Vasilachis, Irene (coord.) (2006): *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona, España: Gedisa S.A.
- Viveros, Mara (2004): “Identidades masculinas en Colombia: una lectura relacional”. En: María Laverde, Gisela Daza y Mónica Zuleta (eds.): *Debates sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, pp. 217-230.
- Wills, María (1999): “Feminismo y democracia: más allá de las viejas fronteras”. En: *Revista Análisis Político*, n°. 37, pp. 18-36. Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/40088/#sthash.wuiWGkUb.dpuf> [07/04/2019].